

# el crusero

Irma Samayoa

Ilustración de Laura Polls

Mi abuela dice que, cuando las nubes en el cielo están como partidas, como pequeñas migas de pan esparcidas, es que va a haber un terremoto dentro de poco. La verdad es que era difícil no fijarte en el cielo cada día.

Vivíamos en el kilómetro 3 de la carretera del Hospital Coronel Ignacio Matón; bueno, en realidad ésa es la dirección postal, pero para llegar a El Crusero debías estar atento a lo largo de todo el kilómetro 3 y parar a la altura de un árbol de mango que cruza la carretera de lado a lado con sus hojas y sus pájaros. Allí hay una callecita de tierra; entrando por esa calle llegas al portón de El Crusero, que no es más que una puerta de establo cubierta por una red metálica, de la que cuelga un buzón hecho con una lata de lentejas importadas.

Atravesar el portón es fácil, pero más adelante, en el cruce de tres caminos, la cosa puede complicarse porque allí hay siempre tres perros hermanos: la única diferencia entre ellos es que Roque y Mármol, en una trifulca canina, perdieron una oreja y el rabo, respectivamente. Colón, el perro que se acostumbró a lamerme las heridas desde pequeño, es el que tiene un ojo rojo y es el único que puede llegar hasta el jardín de El Crusero. Allí, entre un árbol de nances y uno de icacos, cuelga una hamaca, justo al borde de la barranca; mi abuela observa a través del follaje de los árboles el cielo y sus nubes, tendida en esa hamaca... con un pie colgando por el lado izquierdo, las zapatillas de tela en la tierra, Colón echado al lado derecho.

A mi hermano le gusta recostarse con ella, se entreteñían merendándose cualquier hoja que cayera de los árbo-

les o tirándole piedrecitas a un coche de marca, con matrícula extranjera, que llevaba años volcado en el precipicio; mi hermano lo llama don Chesterman, porque un día en una película de Hollywood que pasaban por la tele vio un rótulo de neón: era el de un motel de mala muerte, típico de las pelis de polis, que se llamaba Manchester, así que el coche fue bautizado inmediatamente. Durante mucho tiempo vimos las huellas del coche en la tierra, porque no llovía y porque nosotros nos encargábamos de que no desaparecieran. A mi abuela le hacía especial ilusión conservarlas: se veía el patinazo de las ruedas en el polvo, cruzaba completamente el jardín. Por supuesto, había leyendas urbanas sobre cómo llegó don Chesterman a la barranca, tenía el parabrisas destrozado y el morro aplastado, la portezuela del conductor abierta... desde siempre, el copiloto cerrado, pero podías ver la huella del peso de una persona en el asiento de tapicería marrón, tapicería de pueblo extranjero; era turista don Chesterman, pero de pueblo. Suponemos que tenía dinero porque era uno de esos modelos que utilizaban en el cine en las películas de gánsteres, en esas escenas en las que un mafioso sale por la ventanilla y comienza a disparar con su metralleta, en medio de una manifestación o procesión; sin duda lo haría desde la ventanilla de don Chesterman.

En el pueblo don Chesterman era famoso: eso le daba más caché a El Crusero. Muchos niños –a pesar de que nuestro pueblo era muy modesto, la población infantil constituía más de la mitad del total de sus habitantes–, habían sido concebidos y bautizados en el capó o en el

interior de don Chesterman. El cura, don Quique, al principio se mostró reacio, pero, ante la insistencia de la multitud de padres y madres, se acercó personalmente hasta el portón de El Crusero. Colón le esperaba, como siempre, en el cruce de tres caminos, junto a Roque y Mármol.

La entrada de El Crusero tiene la extraña manía de enmarcar a la gente con sus curvas de maderas. Don Quique estaba de pie justo en el centro del arco de la entrada principal, lo que enaltecía su figura. Desde allí llamó serenamente. En la hamaca mi abuela le observaba y, como era su costumbre, le atajó antes de que dijera una palabra.

–Desde ya le digo, padre, que si se le lleva a don Chesterman de El Crusero, va a tener que traerme otro trasto, porque si no no voy a tener donde tirar mi piedrecitas.

–¿Y qué le parece si le arreglamos el portón y además le traemos una de las fuentes de don Chus para compensarla?

–Las fuentes de don Chus son para ricos.

–No me diga eso, doña Julia, ¿qué voy a decirles a mis feligreses si no ponemos a don Chesterman en la plaza del pueblo para poder bautizar a los niños?

–Mire padre, yo ni siquiera vivo cerca de la iglesia, así que no me venga con que sus feligreses aquí y sus niños allá, si quiere puede bautizarlos en la barranca, ¡así todos contentos!

–¿Y cómo los mando hasta aquí?, la gente sólo sabe que El Crusero existe, pero muy pocos han entrado y conocido el lugar.

–Mire, padre, a lo largo de todo el kilómetro 3 de la carretera Coronel Ignacio Matón, estese atento y va a ver una callecita de tierra: entre por allí y cruce el portón de El Crusero, ese que tiene una lata de lentejas, pase adelante y deje que Colón lo traiga. No se preocupe, que la gente no es tonta.

Ví como don Quique se alejaba por el camino soleado, cubierto por las sombras de las hojas; don Chesterman no se movió de su barranca, mi abuela no se movió de su hamaca, pero desde entonces ella y mi hermano tiran las piedrecitas a la poza de agua bendita que se extiende sobre el avergonzado capó negro de don Chesterman.

FIN

